

UN ENSAYO DE FASCISMO

MANUEL PASTOR

Considerando el carácter anti-apriorístico que fundamentó la «revolución» fascista, como el propio Mussolini reconoció durante la marcha sobre Roma en 1922 al afirmar que la acción había enterrado a la filosofía, no dudamos en calificar a José María Albiñana como el primer fascista español. Pero en el caso español, a posteriori de la consolidación del fascismo en Italia, la ideología por la «vía estética» se anticipa brevemente a los hechos o a la actuación sistemática y definida, por obra del escritor Ernesto Giménez Caballero.

EL DOCTOR JOSE MARIA ALBIÑANA FUE EL PRIMERO EN ORGANIZAR EN ESPAÑA UN PARTIDO DE CORTE TÍPICAMENTE FASCISTA, EL PARTIDO NACIONALISTA ESPAÑOL. EN EL MANIFIESTO-PROGRAMA DE DICHO GRUPO, LANZADO EN ABRIL DE 1930, ALBIÑANA INVITABA A ENCUADRARSE EN EL «A TODOS LOS HOMBRES HONRADOS QUE SIENTAN LA INAPRECIABLE DIGNIDAD DE HABER NACIDO ESPAÑOLES», PROPUGNANDO UN «MANTENIMIENTO RIGUROSO DEL ORDEN SOCIAL, COMO BASE PARA EL DESARROLLO DE LAS ACTIVIDADES NACIONALES». EN LA FOTO DE ALFONSO, VEMOS AL DR. ALBIÑANA (EN EL CENTRO) RODEADO POR CORRELIGIONARIOS EN ABRIL DEL 34.

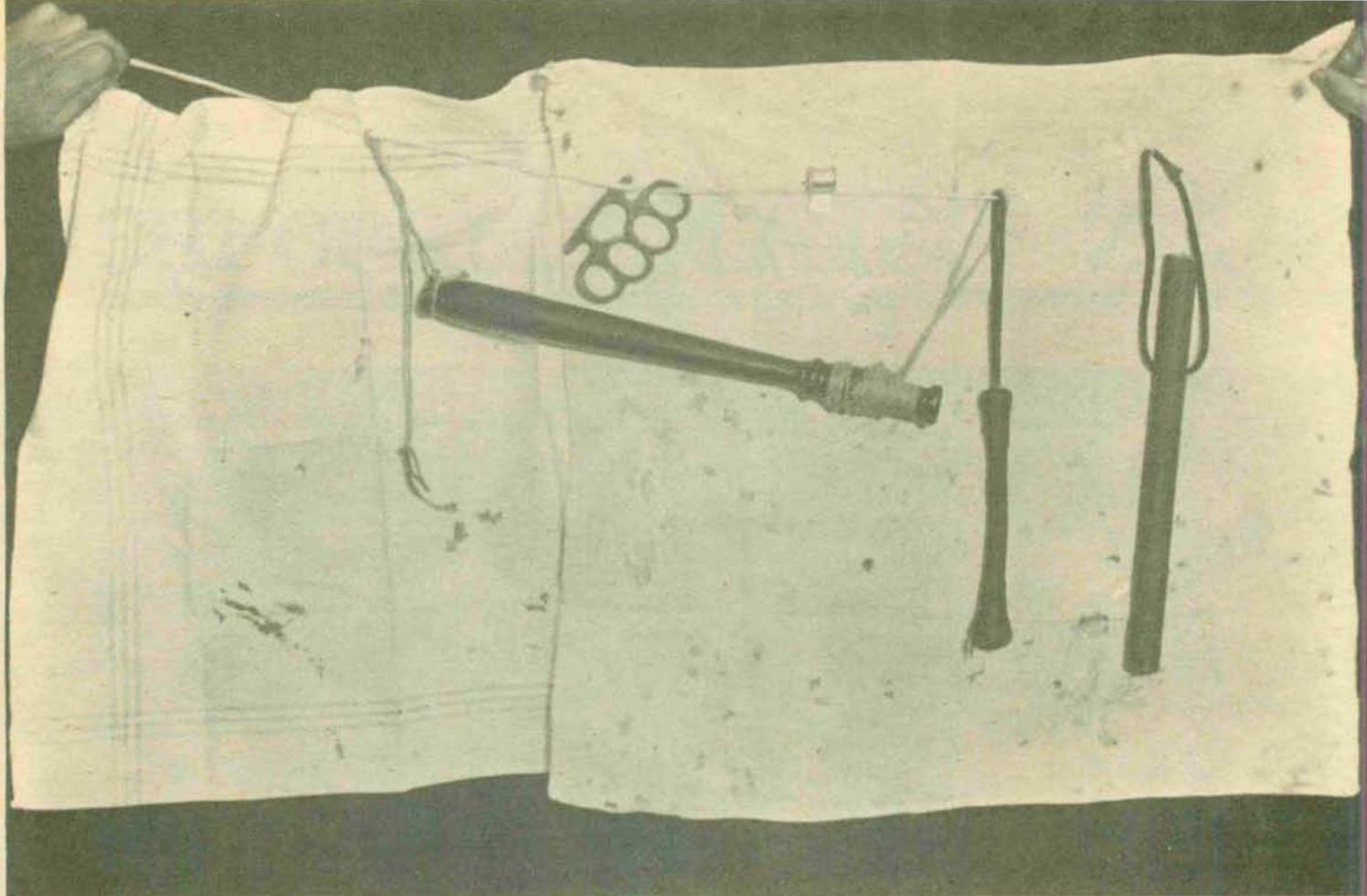


Partido I

LO EN ESPAÑA, 1930-1933



osé María Albiñana
y el
acionalista Español



COMO SECCION FUNDAMENTAL DEL P. N. E. FIGURABAN LOS «LEGIONARIOS DE ESPAÑA», «VOLUNTARIADO CIUDADANO CON INTERVENCIÓN DIRECTA, FULMINANTE Y EXPEDITIVA EN TODO ACTO ATENTATORIO O DEPRESIVO PARA EL PRESTIGIO DE LA PATRIA», SEGUN EL PROPIO ALBIÑANA. SUS ARMAS ERAN, ENTRE OTRAS, LAS QUE MUESTRA LA IMAGEN, RECOGIDAS TRAS UN VIOLENTO ATAQUE A LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA EN EL MES DE MARZO DE 1931. (FOTO ALFONSO).

Seamos justos, no obstante, en precisar esta cuestión de los pioneros y reconozcamos que, si en el campo de las ideas Giménez Caballero (1) se adelanta a Albiñana, éste será, indiscutiblemente, el primero en organizar un partido de corte típicamente fascista en España, como el propio escritor ha reconocido (2).

Giménez Caballero funda en 1927 *La Gaceta Literaria*, donde inicia, tras una visita a Italia, «la campaña, de índole exclusivamente literaria y, por tanto, restringida» en favor del fascismo (3). Curiosamente, Ramiro Ledesma, al historiar los orígenes del nuevo movimiento en España, silencia el experimento albiñanista, debido quizá al carácter monárquico que adoptó el Partido Nacionalista, que el fundador de las J. O. N. S. calificó de «reaccionario» y «ensayo mostrenco de fascismo».

El carácter monárquico o antimonárquico no es, a mi juicio, un criterio fundamental, ni siquiera útil, para conceptuar los partidos fascistas. Sin embargo, en el caso del Partido

Nacionalista Español (P. N. E.) es cierto que solamente en el breve periodo 1930-1933 adopta una forma o estilo fascista, periodo que se extiende desde la fundación del mismo hasta las elecciones de noviembre del 33, en las que Albiñana adopta una actitud de moderación y llega a obtener un acta de diputado en las Cortes por la provincia de Burgos. No es casual que en el mismo otoño de 1933 se funde la Falange Española, a la que se incorporarían los elementos más combativos del P. N. E., en una operación de aglutinar el fascismo español que se consolidaría en febrero de 1934, con la fusión de la Falange Española y las J. O. N. S. En diciembre de este mismo año aparece ya el Manifiesto del Bloque Nacional de derechas, entre cuyos firmantes figura Albiñana. Galindo Herrero nos informa de que «es de destacar que el Partido Nacionalista, iniciado el Movimiento Nacional, se integró en el Carlismo» (4). Su líder, detenido durante los primeros días de la sublevación militar, fue juzgado y ejecutado por la milicia roja en la Cárcel Modelo de Madrid el 23 de agosto de 1936.

(1) Cf. M. Pastor: «Los orígenes del fascismo en España» Túcar. Madrid, 1975, pp. 24-37. Sobre Albiñana, pp. 38-61.

(2) *Ibid.*, p. 63.

(3) R. Ledesma: «¿Fascismo en España?», Ariel. Barcelona, 1968, p. 78.

(4) S. Galindo Herrero: «Los partidos monárquicos bajo la Segunda República», Rialp. Madrid, 1956, p. 132.

Los escritos doctrinarios-propagandísticos de Albiñana, que constituyen lo que él llamó el «ciclo revolucionario», se publican también en este período de 1930-1933: *Después de la Dictadura* (1930), *Prisionero de la República* (1932), *España bajo la dictadura republicana* (1932) y *Confinado en Las Hurdes* (1933).

ALBIÑANA Y LA DICTADURA PRIMORRIVERISTA

Nacido en Enguera (Valencia), en 1883, en el seno de una familia de clase media provinciana (su padre era médico rural), José María Albiñana se traslada, para estudiar, a Madrid, donde militó en las filas de la Juventud Monárquica Liberal, llegando a obtener tres títulos de doctorado: en Medicina, en Derecho y en Filosofía y Letras. En 1910 gana un premio nacional por su obra *Filosofía Médica* y en 1920 es catedrático de la facultad de Medicina de la Universidad Central. Presidió tres Congresos nacionales de Sanidad y representó a España en el I Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Amberes. Marcha a Méjico en 1921, comisionado por el Gobierno para investigar la primitiva medicina azteca, y, establecido allí, lanza un célebre reto a todo el profesorado de la Universidad de Columbia (New York) por unas inexactitudes vejatorias referentes a España vertidas en un libro de un profesor de la citada Univer-

sidad, y que hubieron de ser rectificadas. El general Primo de Rivera —esto ocurre en 1927— le enviará una tarjeta con un breve contenido: «Muy agradecido a su patriótica labor» (5).

Expulsado del territorio mejicano por orden expresa del presidente Plutarco Elías Calles, intenta capitalizar tal suceso para crearse una plataforma política en España. Sin embargo, Primo de Rivera prohibirá la publicación en la prensa nacional de la *Carta abierta* dirigida al presidente mejicano por el patriótico doctor con tono de reproche y acusación españolista (6).

En el decreto de expulsión de Albiñana por el presidente Calles está, a mi juicio, la clave de un aspecto político del fascismo albiñanista que ha sido ignorado por algunos historiadores de este período. Me refiero, concretamente, a su idea *imperialista*.

Calles expulsó a Albiñana por la propaganda imperialista pro-española que éste realizaba entre las colonias y círculos de españoles establecidos en Méjico. Algunas conferencias pronunciadas por Albiñana entre 1921 y 1929 son un dato elocuente: *La situación de Méjico vista*

(5) J. M. Albiñana: «Después de la Dictadura», Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Madrid, 1930, pp. 17-31.

(6) *Ibid.*, pp. 36-42.



EN COMPAÑÍA DE COMERCIANTES E INDUSTRIALES DE MADRID, ALBIÑANA POSA PARA LA CÁMARA DE ALFONSO EN EL CÍRCULO DE LA UNIÓN MERCANTIL. A SU DERECHA, DON ANTONIO GOICOECHEA, QUIEN SERÍA —JUNTO AL MISMO ALBIÑANA— UNO DE LOS PROMOTORES DEL BLOQUE NACIONAL, COALICIÓN DE DERECHAS FORMADA A FINES DEL 34.



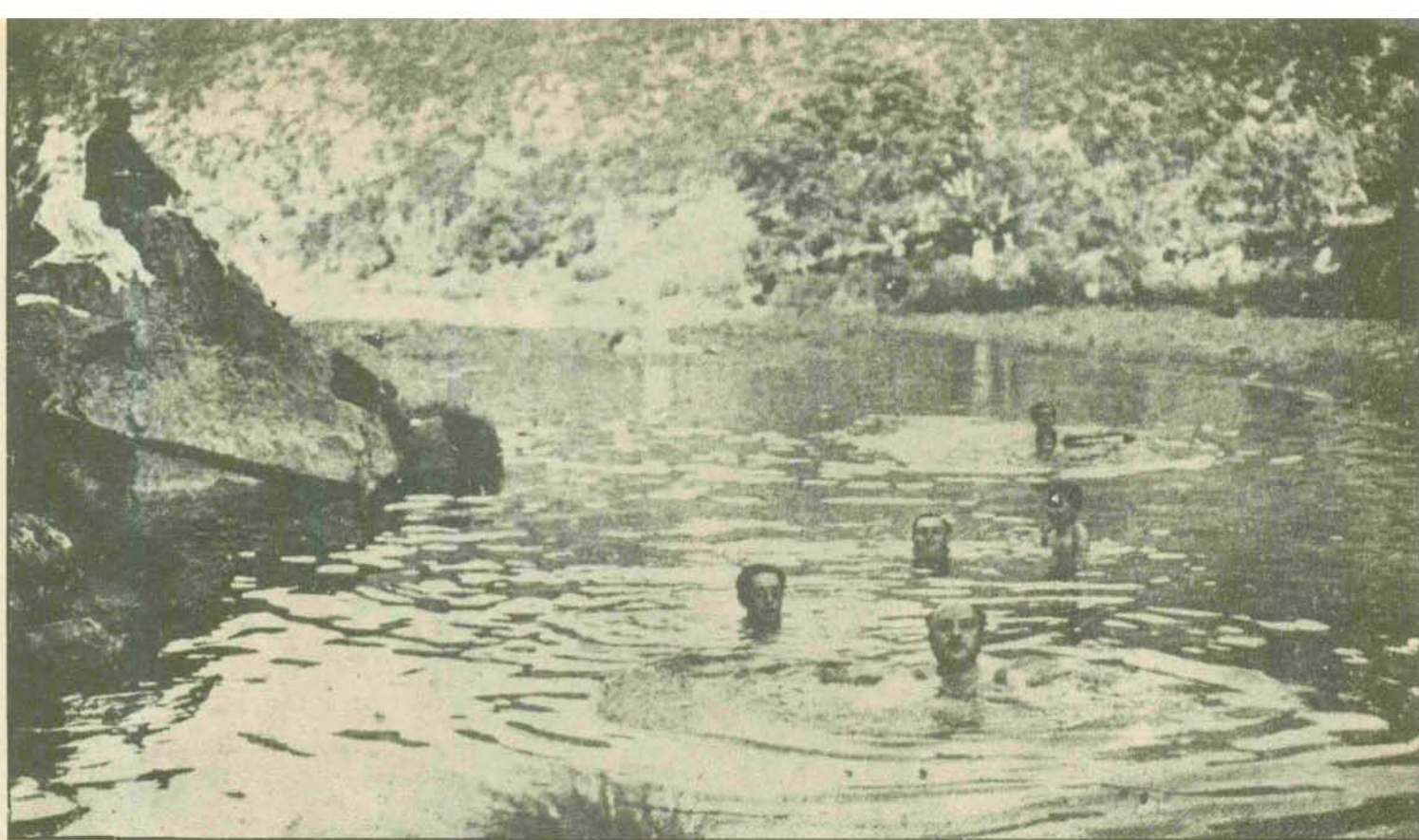
EL DR. ALBIÑANA PROCEDÍA DE UNA FAMILIA DE CLASE MEDIA DE PROVINCIAS. DE DICHA FAMILIA, ESTAS FOTOS MUESTRAN A SUS HERMANOS RICARDO Y MANUEL Y A SU HERMANA AMPARO, ACOMPAÑADA ESTA ÚLTIMA DE LA «FIEL DONCELLITA» PILAR.

desde España (Ateneo de Madrid, 1921), *Las Leyes de Indias y la colonización española* (Casino Español de Méjico, 1922), *El orgullo de ser español* (Casino Español de Méjico, 1924), *Vindicación de España en América* (Centro Gallego de La Habana, 1928), *La grandeza del alma española* (Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, 1928), *Las armas españolas en la conquista del Mundo* (Casino de Clases de Madrid, 1929). Responden también a esta mentalidad colonialista sus novelas autobiográficas: *Sol de Levante* (Méjico, 1923), *Aventuras tropicales* (Madrid, 1928) y *Bajo el cielo mejicano* (Madrid, 1930).

El propio Albiñana reconocerá que «la causa inconfesada» de su expulsión fueron los artículos peridísticos que publicara en «A B C», de Madrid, sobre el tema *Reivindicaciones españolas*. Como dice en la *Carta abierta* citada: «Salgo de méjico por defender el prestigio de mi querida España.» Sus intenciones imperialistas no están veladas: «Pero ahora que su feliz acuerdo de expulsión me releva de atenciones y me devuelve la libertad, reintegrándome al mundo civilizado, tengo el deber de advertir a los extraños que mientras subsista este régimen de destrucción no piensen en aportar energías a la lejana prosperidad de Méjico; que no lleven un solo centavo para invertir, porque perderán su capital, absorbido por el Fisco y las imposiciones sindicalistas; que si proyectan establecer alguna industria, no arriesguen su dinero, porque cerrarán sus fábricas por falta de garantías o se incautarán de ellas los líderes revolucionarios, apoyados por el Gobierno» (7). Y continúa: «Este Méjico en la agonía, este país en ruinas, sin producción y hambriento, con el comercio en quiebra y una ficción de reclamaciones que no pagará nunca, porque tiene una deuda exterior de 117 millones de pesos, que, según confiesa el propio ministro de Hacienda, no puede pagar, es el que deben conocer los extranjeros para no arrojarse en la hoguera revolucionaria» (8). El punto culminante del discurso lo alcanza cuando hace una clara apología del imperialismo yankee: «La única esperanza de los mejicanos es que el espíritu justiciero de alguna nación poderosa avance, pacificador, por toda la desgraciada República para completar la obra civilizadora de España. Esta es también mi opinión. A ella me atuve cuando el general Obregón, actual candidato, siendo presidente de Méjico, me propuso escribir un libro contra el Gobierno de Washington, he-

(7) *Ibíd.*, p. 39.

(8) *Ibíd.*, p. 40.



TRAS LOS SUCESOS DE AGOSTO DE 1932, SE PROHIBE LA ACTIVIDAD DEL P. N. E. Y ALBIÑANA ES CONFINADO EN LAS HURDES. «MI BAÑO EN EL RIO JORDAN, CUIDADOSAMENTE ESCOLTADO POR LA GUARDIA CIVIL, QUE VIGILA DESDE ELEVADO PEÑON, PARA MAYOR SEGURIDAD DEL HERMOSO REGIMEN DEMOCRATICO», ESCRIBIRA ENTONCES AL PIE DE ESTA FOTO

cho que no se atreverá a negar; proposición que rechacé por respeto al gran pueblo americano, que mantiene afortunadamente cordiales relaciones con mi patria española» (9).

Con estos datos, ¿puede sostenerse la opinión de Southworth de que Albiñana no fue fascista porque le faltó el propósito imperialista? (10).

En 1929, Albiñana instala su despacho en la madrileña calle de Galileo y reanuda su actividad profesional. La indiferencia mostrada por el dictador Primo de Rivera —se negó repetidamente a recibir a Albiñana, «por razones diplomáticas»— no le impide a éste ser un fervoroso admirador de la Dictadura y tomar la iniciativa de organizar un homenaje nacional al general Martínez Anido, a la sazón ministro de Sanidad Pública, y que, probablemente, simpatizaba más con las exaltaciones nacionalistas y autoritarias de Albiñana que el viejo liberal marqués de Estella.

Al regresar a España, tras la expulsión de Méjico, Albiñana asiste confundido y consternado al desmoronamiento de la Dictadura y de la Monarquía española, lo que le inducirá a tomar una decisión de carácter práctico y urgente: «Para provocar el resurgimiento del

ánimo español en medio de tanta podredumbre y descomposición de la vida pública, el autor de este libro acometió la empresa de crear un partido exclusivamente españolista, inspirado en un *nacionalismo patriótico y combativo*» (11).

EL PARTIDO NACIONALISTA ESPAÑOL (1930-1933)

En abril de 1930, Albiñana lanza profusamente por diversas ciudades españolas un Manifiesto-programa, de exaltación hispánica, en el que invita a «todos los hombres honrados que sientan la inapreciable dignidad de haber nacido españoles» a agruparse en la organización del Partido Nacionalista Español (12).

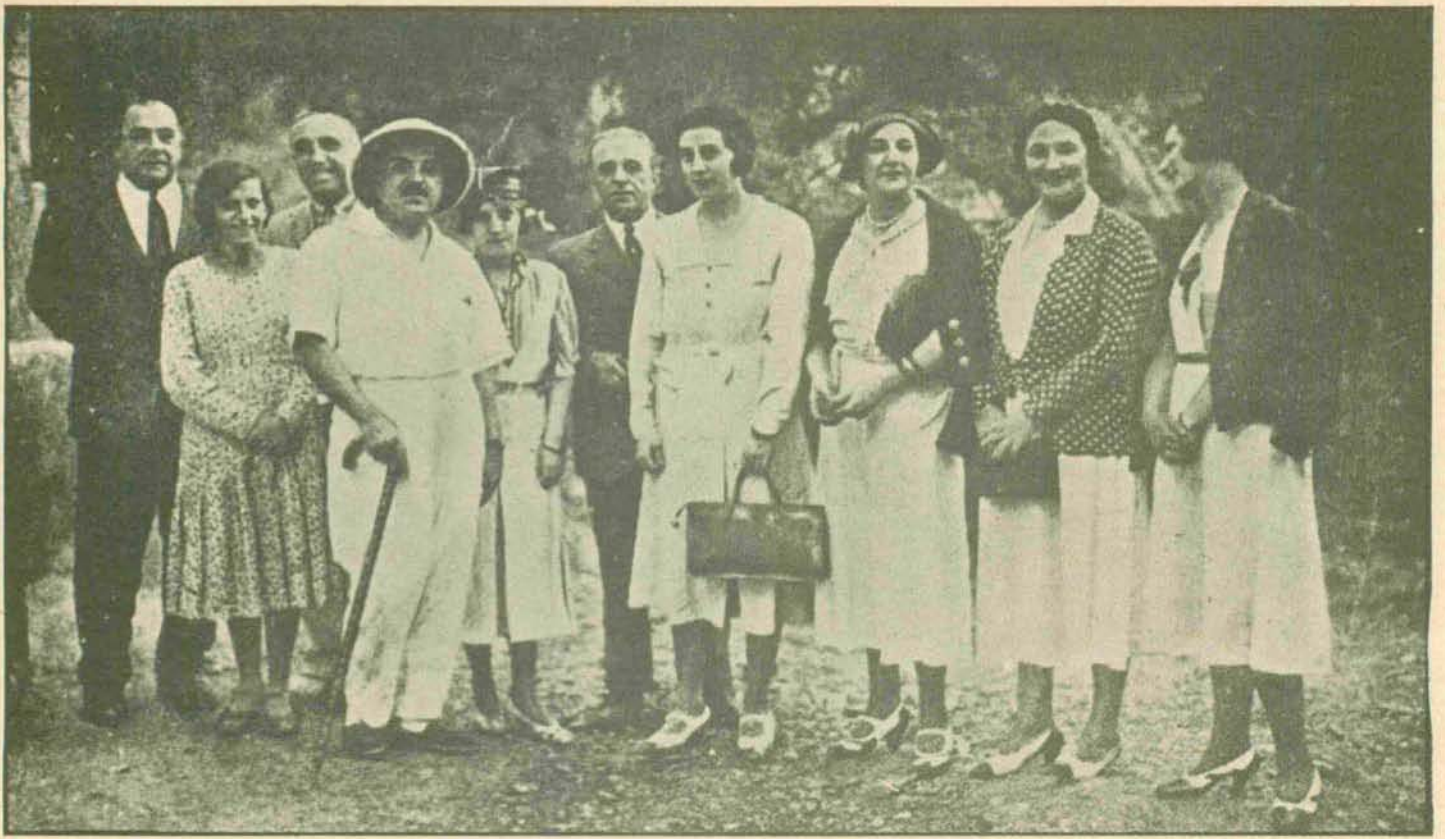
Muchos historiadores se resisten a ver en Albiñana y su P. N. E. la primera expresión fáctica y cimentadora, si bien rudimentaria, del fascismo en España. Por ejemplo, Southworth, que tan detalladamente conoce el tema, se limita a señalar que Albiñana «era simplemente un conservador indisciplinado y violento. No aspiraba a «revolución» alguna, fascista o de otra índole. No soñaba en imperios

(9) *Ibíd.*, pp. 41-42.

(10) H. H. Southworth: «Antifalange», Ruedo Ibérico. París, 1967, p. 30.

(11) Albiñana, *ob. cit.*, p. 240.

(12) *Ibíd.*, pp. 240-246.



DURANTE SU CONFINAMIENTO EN LAS HURDES, EL LLAMADO «PRIMER FASCISTA ESPAÑOL» RECIBIO NUMEROSAS VISITAS DE CORRELIGIONARIOS Y SIMPATIZANTES. ASI (FOTO SUPERIOR), DON HONORIO MAURA «CON SU BONDADOSA FAMILIA Y OTROS DISTINGUIDOS EXCURSIONISTAS», LLEGADOS HASTA ALLI «EN UNA DE SUS FRECUENTES VISITAS PARA SOCORRER A LOS POBRES», LO MISMO QUE HARIA «EL VIRTUOSO OBISPO DE CORIA, DON DIONISIO MORENO BARRIO» (FOTO INFERIOR).

Comprendemos, así, al P. N. E. como el «eslabón perdido» que une los orígenes del fascismo español a un marco contrarrevolucionario más amplio.

Veamos la trayectoria política y el estilo peculiar que adopta este nuevo partido en las visperas republicanas.

La práctica política es una realidad cuya conjunción de alma - impulso y cuerpo - organización se manifiesta en un *estilo* determinado. Este alma-impulso no debe confundirse con la teoría o doctrina propiamente dicha. En el que conquistar, sino en salvar el conservadurismo español —la monarquía, la Iglesia, el ejército— mediante la represión interna» (13).

A mi juicio, Southworth basa esta opinión en la actitud moderada que Albiñana adopta a partir de 1933 y la posterior adhesión al Bloque Nacional de derechas monárquicas. Evidentemente, hay una proximidad del P. N. E. a otras formaciones tardías del tradicionalismo contrarrevolucionario, como el Carlismo y la Unión Monárquica Nacional, fundada ésta precisamente por las mismas fechas (14), pero, como en el caso de la *Action Française* de Charles Maurras, según ha observado Nolte acertadamente, «resultan evidentes ciertas rasgos modernos que no pueden derivarse de esta tradición (contrarrevolucionaria). Que su carácter monárquico no le diferencia del fascismo es algo que resulta evidente: también Codreanu y Mosley, De Bono y Ernest Röhm fueron partidarios de la monarquía. La praxis de la *Action Française* adopta rasgos característicos que anticipan ampliamente los métodos que posteriormente se adoptaron en Alemania e Italia» (15). Esta similitud, que yo quiero relacionar, más específicamente, con la actividad de los *Camelots du Roi*, brazo ejecutivo de la *Action Française* (ya que en el plano doctrinal en nada se puede comparar la altura, penetración y consistencia del pensamiento de Maurras con los panfletos de Albiñana), ha sido resaltada también por el autor británico Richard A. H. Robinson: «Una versión española de los *Camelots du Roi* franceses fue fundada en abril de 1930 por un antiguo masón y neurólogo, José María Albiñana» (16).

(13) Southworth, ob. cit., p. 30.

(14) Galindo Herrero, ob. cit., p. 49.

(15) E. Nolte: «El fascismo en su época», Península. Barcelona, 1967, p. 43.

(16) R. A. H. Robinson: «The origins of Franco's Spain», David & Charles, Newton Abbot, 1970, p. 35.

caso del Fascismo italiano, parece ser cierto que la práctica fue la premisa, a la que siguió una imprecisa y ambigua justificación ideológica.

El carácter fascista del P. N. E. no se puede derivar de su ideología pretendidamente «conservadora» o «reaccionaria», sino de su actuación práctica, de su *estilo*. Solamente si adoptamos este punto de vista, entendiendo su Manifiesto-programa como lo que realmente supuso (el alma-impulso de un cuerpo-organización con unos objetivos determinados, y no como una obra ideológica elaborada), comprenderemos por fin sus carácter netamente fascista.

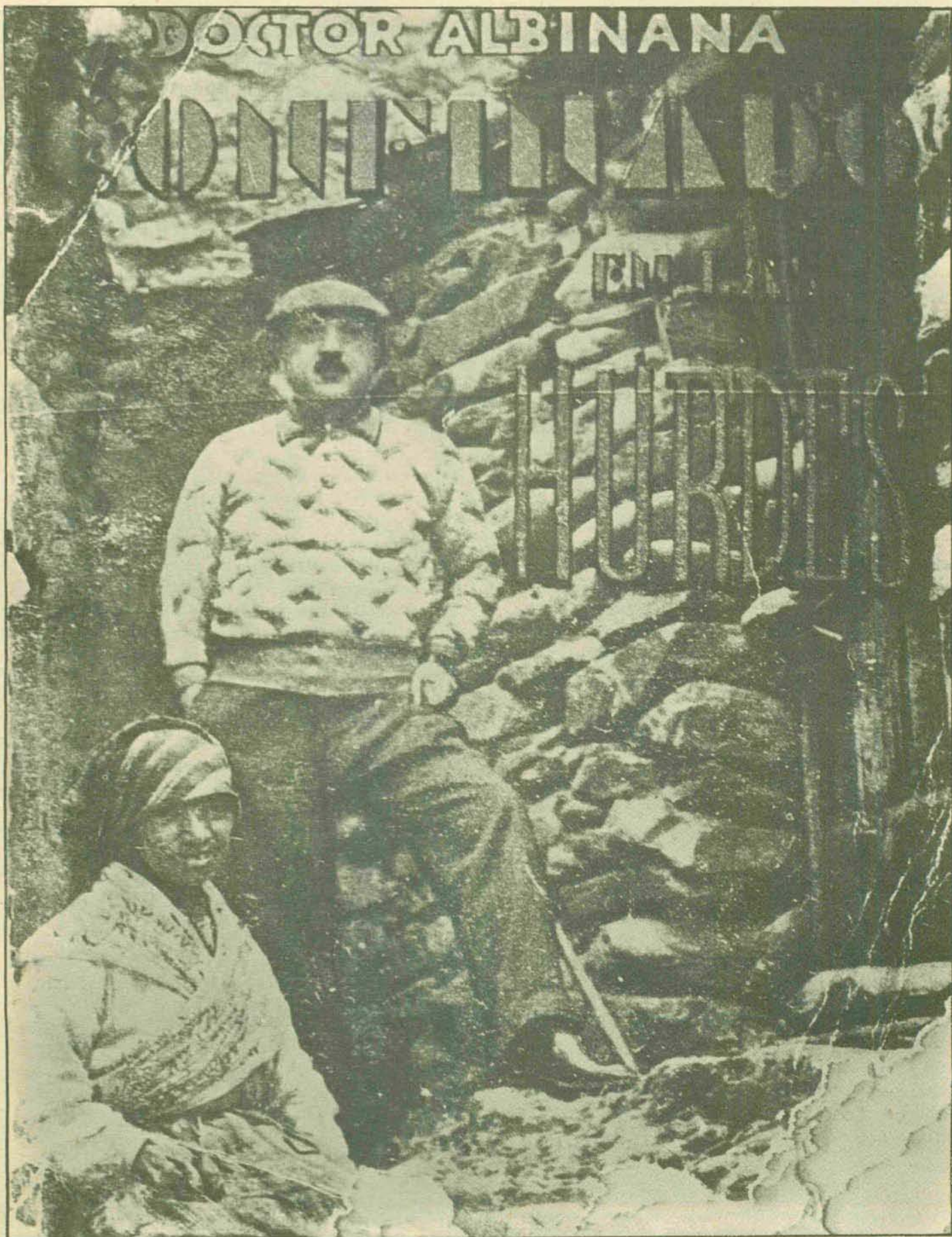
No tiene gran interés reseñar los ataques que Albiñana lanza contra el liberalismo, en los que saca a relucir toda la serie de tópicos sobre el judaísmo, la masonería, etc., que constituyen el denominador común de la demagogia fascista. Algunos ejemplos: «Existe un soviét masónico encargado de deshonorar a España ante el mundo, resucitando la leyenda negra y otras infamias fraguadas por los eternos y escondidos enemigos de nuestra patria» (17). «Cualquiera que repase últimamente la colección de esos diarios, a los que la opinión española ha calificado ya, con gran acierto, de prensa judía, por sus procedimientos tortuosos y semíticos ante los graves problemas nacionales, experimentaría un sentimiento de desprecio por sus inspiradores, y de lástima hacia los obligados ejecutores de una prosa incongruente y deleznable» (18). No falta, por supuesto, la consabida crítica del enciclopedismo y de las teorías de la soberanía popular de Rousseau. Finalmente, Albiñana se dirigirá contra el régimen de partidos y el parlamentarismo: «A esta miseria ruinosa, perpetuada a través de los partidos tunantes, llaman los escandalosos «régimen democrático», «sistema parlamentario» y otra porción de motes callejeros» (19). «Los antiguos partidos turnantes, con los viejos y rutinarios nombres de liberal y conservador, carecen de contenido ideológico y de hombres capaces... La vieja y absurda distinción de los partidos en izquierdas y derechas, tan incompatible con el espíritu renovador y las realidades de la vida moderna, ha quedado rota con la aparición del nacionalismo español» (20).

(17) Albiñana, ob. cit., pp. 68-69.

(18) *Ibid.*, p. 114.

(19) *Ibid.*, p. 128.

(20) *Ibid.*, pp. 239 y 245.



CUARTA OBRA DE SU AUTOTITULADO «CICLO REVOLUCIONARIO», «CONFINADO EN LAS HURDES» FUE LA CULMINACION DE LA CAMPAÑA PUBLICITARIA MONTADA POR ALBINANA CONTRA EL REGIMEN REPUBLICANO. EL LIBRO —DEDICADO A LEON DAUDET, DE «ACTION FRANÇAISE»— ABUNDABA EN FURIBUNDOS ATAQUES ANTIMARXISTAS, ANTIJUDIOS Y ANTIMASONICOS.

Este paso era obligado para el desarrollo de su concepción «democrática» de la Dictadura, para afirmar su nueva alternativa, que, como decía Albiñana, «no es política de derechas ni de izquierdas: es una indispensable obra de saneamiento nacional» (21). Albiñana vió en la dictadura primorrriverista la incubación de esa «nueva democracia española», que consideró «un régimen tan legal como cualquiera de las Constituciones que hemos tenido» (22). La confusión de legalidad y legitimidad le servirá para esbozar su teoría de la Dictadura: «La Democracia no sólo es compatible con la Dictadura, sino que en muchas ocasiones la Dictadura se ha hecho indispensable para establecer la Democracia... Yo defino la Dictadura de dos modos: uno, jurídico; otro, biológico. Desde el punto de vista jurídico, dictadura es el ejercicio de la autoridad subordinando el Poder Legislativo al Ejecutivo. Desde el punto de vista biológico, dictadura es el tratamiento revulsivo a que se somete el Estado enfermo, en trance de descomposición. Temer la dictadura es propio de ciudadanos pusilánimes y menguados. Equivale al quejido ocioso de un paciente, espantado de antemano por la aplicación de un remedio fuerte» (23). En ese sentido *biológico*, precisamente, cuyas raíces podemos encontrar en la receta costista del «cirujano de hierro», se fundamentará la concepción fascista, irracional y metajurídica, de dictadura (24).

Pero el hecho de proclamarse «dictatorial» no es suficiente para merecer la calificación de fascista. Sólo se llega a tal estado cuando existe una motivación nacionalista extrema, imperialista, que proclama la violencia política como medio más propio y dirige su ataque contra el *enemigo fundamental*, la enfermedad maligna para el cuerpo social, el marxismo, aunque eventualmente pretenda captar el *élan* revolucionario de éste. Y ese fue el motivo que llevó a Albiñana a crear un partido «nacionalista» y «combatiivo». Nacionalismo omnicompreensivo y radical, en el que caben los *slogans* «defensa de la patria», «defensa de los principios religiosos que ejemplarizaron la vida de nuestros padres», «gloriosa institución monárquica que conquistó el Mundo», «abnegado ejército, que lleva en su seno todos los corazones del pueblo», etc., y la idea-fuerza que inspirará al partido: «Hay que combatir, hasta aniquilarlos, a los enemigos interiores

de la Patria, que son los aliados naturales de sus enemigos exteriores. Hay que exaltar los verdaderos valores nacionales, residentes en una raigambre secular de hidalguía y sacrificio, y actuar con ellos en la vida pública.» El programa especificará los objetivos más claramente: «Afirmación rotunda y mantenimiento incommovible de la unidad política de la Patria. Respeto a los principios religiosos según lo preceptuado en el artículo II de la Constitución. Afirmación de la soberanía nacional expresada por el pueblo y las instituciones históricas, según se establece en la forma monárquica...» (25). No se olvida, por supuesto, las alusiones expansionistas de España, mediante una «acción internacional» y, concretamente, la «prolongación de su dominación en América». La actuación que propugna está, evidentemente, caracterizada por las formas coactivas y violentas, ya que, como vimos, el «combate» y el «aniquilamiento» son los únicos en dirimir las diferencias políticas: «Facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo para suspender temporalmente los derechos constitucionales en caso de grave peligro para la Patria o el orden público. Mantenimiento riguroso del orden social, como base para el desarrollo eficiente de las actividades nacionales... Institución del *Tribunal de la Patria*, para conocer en juicio sumarísimo de las acciones y omisiones cometidas contra el prestigio y la seguridad de España...» (26). Todo ello, acompañado de un sistema de inhabilitaciones y extrañamientos perpetuos y privación de ciudadanía. Finalmente, la concreción de la violencia política organizada: «Creación de los *Legionarios de España*, voluntariado ciudadano con intervención directa, fulminante y expeditiva en todo acto atentatorio o depresivo para el prestigio de la Patria. Conquista del Poder Público para el desarrollo total de este programa. Colaboración con todos los partidos políticos y entidades nacionales y extranjeras en los extremos coincidentes» (27).

Sin embargo, como en el caso de Maurras, el monarquismo y el catolicismo de Albiñana conllevan ciertos rasgos de heterodoxia, en el sentido de que ambas instituciones no significan para él valores en sí mismos, sino instrumentos o mecanismos políticos para la conquista y afirmación del poder. (Como es sabido, en 1927, con la aprobación casi unánime del episcopado francés, el Vaticano condenó

(21) *Ibid.*, p. 75.

(22) *Ibid.*, p. 223.

(23) *Ibid.*, pp. 203 y 220.

(24) Cf. E. Tierno Galván: «Costa y el Regeneracionismo». Barcelona, 1961, y Nolte, *ob. cit.*, p. 190.

(25) Albiñana, *ob. cit.*, pp. 240-241.

(26) *Ibid.*, pp. 242-244.

(27) *Ibid.*, p. 245.



EN LAS ELECCIONES DE NOVIEMBRE DE 1933 QUE DIERON EL TRIUNFO A LAS DERECHAS, ALBIÑANA OBTUVO UN ACTA DE DIPUTADO POR BURGOS, VARIANDO ENTONCES HACIA UN FIFASCISMO MODERADO. ASÍ PUDO ACCEDER AL CONGRESO, EN CUYO SALÓN DE CONFERENCIAS LE VEMOS DORMITANDO EN ENERO DEL 36. (FOTO ALFONSO).

las actividades de la «religiosa», «patriótica» y «monárquica» *Action Française*.)

Cuando Albiñana propugna un «mantenimiento riguroso del orden social, como base para el desarrollo de las actividades nacionales», en realidad lo que quiere decir es que las actividades nacionalistas son el instrumento para mantener el orden social. En este sentido es fácil identificar el elemento último o primero que define el fascismo albiñanista: *el enemigo fundamental*.

El punto de partida reside en el antiliberalismo. Pero se tratará de un antiliberalismo primordialmente *antidemocrático*. Parece cierto que Albiñana fue, en su juventud, liberal y masón. «El ataque del doctor Albiñana a la Masonería —señala Arrarás— tenía especial mérito e importancia, por haber sido el doctor en su juventud afiliado a la secta, en la que alcanzó un alto grado» (28). Muchas figuras del fascismo fueron, en efecto, tráfugas del liberalismo (Gentile), de la masonería (Balbo), o, incluso, del socialismo (Mussolini). La crítica de Albiñana se dirige más bien contra la democracia inorgánica. Su nacionalismo se presenta desde el principio como expresión y defensa de aquella parte de la burguesía que dudaba del liberalismo porque consideraba el

sistema indefenso ante la democracia y, en última instancia, ante el socialismo. Una vez más, como en el caso del «antiliberalismo» de Maurras, hay que descubrir, en el transcurso de la crítica a la democracia, el *enemigo fundamental*: el marxismo, socializante o comunista.

No se encuentra en Albiñana una crítica sistemática y coherente sino, más bien, alusiones y referencias a los «chispazos comunistas», la «hoguera revolucionaria», los «enemigos del orden y la propiedad», la «tiranía roja», etc., aunque en ocasiones es más explícito: «Por el honor de España no puede continuar un estado de general cobardía, en el que las personas conscientes, por temor al vacío de un diario arribista, se sienten incapaces de detener a la nación en su marcha hacia un soviétismo ruinoso...» «Cuando el comunismo comenzaba a amenazar a todas las naciones y en el centro de Europa se reunían los grandes traficantes de la perturbación para decretar la imposición de sus crímenes...» Y en el Manifiesto programa de 1930: «La trágica perspectiva de un soviétismo ruinoso y sangriento es el único porvenir inmediato que se brinda a nuestra amada España, si los hijos amantes de sus glorias no rechazamos con viril energía la obra nefasta de sus insensatos detractores» (29).

Sin embargo, como advierte Nolte, no puede hablarse de fascismo allí donde no estén presentes ciertos elementos de organización y propaganda próximos a los marxistas. Se trata, así, de captar y apropiarse del *élan* y estilo revolucionario de sus antagonistas, mediante la utilización de una demagogia pseudoizquierdista. Curiosamente, Albiñana se muestra indulgente con Pablo Iglesias, al que califica de «apóstol de la religión del Trabajo, varón de conciencia honrada y conducta intachable», actitud similar a la de Maurras respecto a su compatriota Jules Guesde. Así, cuando articula su programa, Albiñana procura destacar demagógicamente cierta fachada «izquierdista»: «La nueva fuerza política tiene de *izquierda* el contenido de las reivindicaciones sociales, el laborismo, la rigurosa fiscalización tributaria, el agrarismo destructor del latifundio, el sindicalismo ordenado al mejoramiento del trabajo, etc...» (30), que, en verdad, no va más lejos del «contenido social» del programa de Mussolini en marzo de 1919, o del programa nazi redactado en

(28) J. Arrarás: «Historia de la Segunda República Española», Editora Nacional. Madrid, 1956, tomo I, p. 308, y Robinson, ob. cit., p. 35.

(29) Albiñana, ob. cit., p. 245.

(30) *Ibid.*, p. 245.

1920 por Drexler, Hitler y Feder, donde se preveían también una drástica reforma agraria, expropiaciones sin indemnización, etc.

Tras la fundación del P. N. E., el doctor Albiñana emprende una activa labor de proselitismo y organización, cuya novedad en la arena política española es incuestionable. «El pueblo español —escribe Albiñana— ha dispensado a este programa una entusiasta acogida. Millares de adhesiones han surgido de todo el país, constituyendo una *falange* imponente, que gravitará sobre la vida pública, imponiendo al Poder las soluciones fortalecedoras que necesita la nación» (31). (Obsérvese la utilización —en 1930— del término *falange*, probablemente por primera vez en la literatura fascista española.)

Albiñana establece un Centro Nacionalista Español en Madrid, donde se coordinan todas las actividades y secciones del P. N. E. Entre ellas, señalaremos las siguientes: los *Legionarios de España*, el periódico *La Legión*, la *Unión Nacionalista Obrera*, la *Sección Femenina* (las *Legionarias*) y, finalmente, la *Juventud Nacionalista Española*. De todas estas, las únicas que funcionaron con cierta efectividad, aunque limitada, fueron la sección de choque, los *Legionarios*, y el órgano *La Legión*.

La apelación al obrerismo era inexcusable si el P. N. E. aspiraba a convertirse en un partido de masas, como lo habían hecho el Fascista italiano y el Nacionalsocialista alemán. Sin embargo, el P. N. E. fracasó en este propósito y lo único que reclutó fue un lumpen proletariado, al que se le reservó el papel de agente rompehuelgas.

En cuanto al interés por organizar políticamente a la mujer española —algo parecido inició el Partido Futurista de Marinetti, en quien se inspiraría Mussolini— que supone el «contrapunto romántico» (Sánchez Patiño), significó, de hecho, una táctica oportunista, considerando la mentalidad conservadora de la mujer media española en los años treinta.

El último elemento de interés para Albiñana, que copiaba fielmente los modelos fascistas europeos, era la captación de la juventud, encuadrándola en la organización de la *Juventud Nacionalista Española* que, según su fundador, «la integran vigorosos jóvenes, dispuestos a la lucha por el ideal y a rechazar en el acto toda ofensa inferida a nuestra doctrina. Al mismo tiempo constituyen una poderosa agrupación

(31) *Ibid.*, p. 246.

deportiva, que periódicamente realizará excursiones campestres, juegos gimnásticos y toda clase de ejercicios higiénicos, adiestrándose principalmente en la instrucción militar» (*La Legión*, órgano del P. N. E., 1931, cit. por Sánchez Patiño).

Finalmente, con la creación de la sección de choque, *Los Legionarios de España*, Albiñana pretendía trasladar el método de la guerra a la vida política civil, invirtiendo la famosa definición de Clausewitz, para llegar a la identificación ontológica del fascismo: política = guerra. De esta forma, los *Legionarios*, como anteriormente los *Camelots* franceses, las S. A. alemanas y las *Squadre d'azione* italianas, iban a convertirse, según Albiñana, en «centinelas permanentes de la seguridad patria, actuando incesantemente para que el país no se derrumbe» (32). En otra ocasión, definirá con precisión: «*Legionarios de España*, voluntariado ciudadano creado por el autor como avanzada guerrillera del Partido Nacionalista Español. Su misión es exterminar a los difamadores y destructores de la Patria, impidiendo su actuación pública...» (33). Entre las acciones de este grupo cabe destacar la intervención expeditiva en un mitin prorepublicano en el Cine Europa de Madrid, en mayo de 1930, donde Unamuno pronunciaba un discurso. «Nueve jóvenes heroicos —relata Albiñana—, nueve nada más y eran bastantes, replicaron a los gritos facciosos con vivas a España y al Rey, para desinfectar con esta invocación a los altos nombres de la Patria aquella atmósfera confinada por un dantonismo de opereta... ¡De este acto arlequinesco había de salir proclamada la república! Y bastó el gesto varonil de unos pocos muchachos para que la «terrible» asamblea estuviera a punto de agotar el aceite alcanforado. Claro está que los organizadores de la farsa no contaban con el resurgimiento del espíritu *guerrillero* español» (34).

En septiembre de 1930 se celebra un mitin de propaganda en la plaza de toros de Madrid, organizado por el Comité Revolucionario (republicano). En noviembre, el P. N. E. organiza otro mitin réplica en el Teatro de la Comedia. En abril de 1931, cuando el régimen se tambaleaba ya sin remedio, cara a las elecciones municipales, Albiñana lanzará el último grito desesperado ante la República que se avecina,

(32) *Ibid.*, p. 245.

(33) *Ibid.*, p. 123.

(34) *Ibid.*, pp. 119-120.

invitando a tomar las armas: «¡Españoles, a defenderse!... ¡Legionarios! ¡Españoles! Hay que echarse a la calle para rechazar esa revolución tragicómica con que se pretende engañar a la opinión y forzar el arca del poder. El que quiera la República que tenga valor para conquistarla en la calle, a pecho descubierto, jugándose la vida, pero no hemos de consentirle que empuñe la innoble gonzú pseudo-constitucional para desvalijar la Corona de España con el más vil de los atracos... Todo buen español que quiera sumarse a la *cruzada* patriótica debe acudir a inscribirse en el Centro Nacionalista Español, para recibir instrucciones y formar la milicia ciudadana. Tenemos la razón y la fuerza» (*La Legión*, 2 de abril, 1931). Como ha escrito Sánchez Patiño, «en aquel momento, José María Albiñana no tenía por lo menos la razón, pues el pueblo español no había depositado sus votos. Lo haría días después. La República, antes de nacer, estaba ya amenazada por uno de sus enemigos más empecinados».

El mitin monárquico de 10 de mayo de 1931 será la nueva oportunidad que tiene Albiñana para significarse; con motivo de su intervención sufrirá prisión gubernativa durante siete meses en la Cárcel Modelo, donde redacta su segundo libro del «ciclo revolucionario»: *Prisionero de la República* (35), en el que reanuda sus ataques contra las personas e ideologías del nuevo régimen: «En España nada se hizo para librar a la nación de esta amenaza constante. El mal ha debido ser cortado de raíz. Porque no se trata de un problema constitucional de orden político. Se trata de algo más fundamental y preeminente, como es la seguridad de España. Y para resolverlo no hay más que este dilema: O España acaba con los perturbadores, o los perturbadores acaban con España» (36). Su opinión de ahora sobre el obrerismo ya no es ambigua: «El Estado, monárquico o republicano, debe disolver inmediatamente toda organización obrera contraria a la seguridad nacional...» El antisemitismo de Albiñana se afirma explícitamente: «Se trata de una ofensiva internacional contra España, que no es de ahora, sino de siglos. Lo que presenciamos en el instante actual es su reproducción. Una fase esporádica de esa persecución implacable que aspira a destruir nuestra nacionalidad...» (37). Albiñana considera inseparable del judaísmo la masonería, el comunismo y el separatismo, así como la

(35) J. M. Albiñana: «Prisionero de la República», Talleres Tipográficos El Financiero. Madrid, 1932.

(36) *Ibid.*, p. 48.

(37) *Ibid.*, pp. 67 y ss.

Institución Libre de Enseñanza y la propia Universidad.

Su indignación por la pusilanimidad de la clase burguesa, que le niega fondos económicos para el P. N. E., es patente, cuando escribe: «Dentro de la política española no existe otra intervención... que la del P. N. E. Nuestros medios son muy limitados, porque somos un Partido pobre... En Francia, el nacionalismo católico y monárquico vive en la abundancia. En Italia, el fascismo contó desde sus comienzos con el apoyo económico de todos los patriotas. Alemania ha dado a Hitler cuantos recursos necesitó para la organización modelo de un partido nacionalista que es el asombro de Europa... Causa vergüenza comparar el floreciente estado económico de las hordas comunistas..., con la inopia inquietante de las organizaciones inspiradas en un puro ideal hispánico. Esto sólo debiera sonrojar a los que en España se llaman católicos, patriotas y monárquicos, que miran impasibles la proximidad de su propia ruina, como si no tuvieran nada que perder» (38).

Lo cierto es que por estas mismas fechas otras organizaciones netamente fascistas como las J. O. N. S. de Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, comenzaban a ser financiadas por determinados sectores de la burguesía vasca y castellana. Los fondos promonárquicos se dirigían, más bien, al grupo filofascista de *Acción Española* (39).

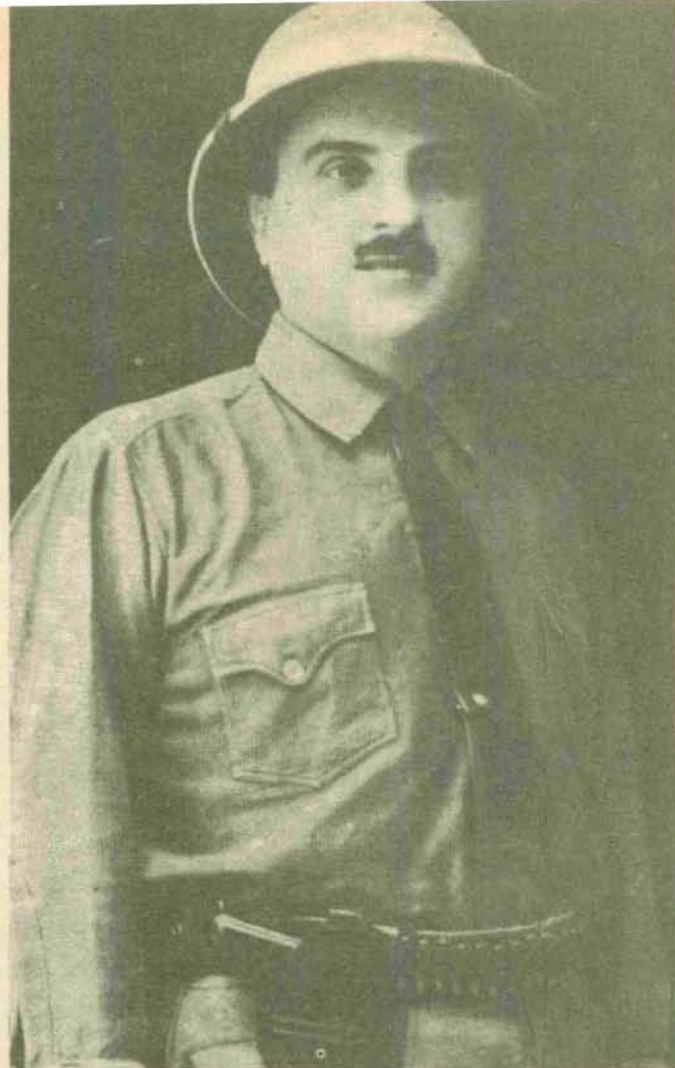
Albiñana consigue la libertad y, en febrero de 1932, la oportuna autorización legal para el P. N. E. Publica una nueva diatriba antirrepublicana, *España bajo la Dictadura republicana* (40), y en el mes de marzo, nuevamente en el Teatro de la Comedia, anuncia el nuevo curso del P. N. E. bajo su jefatura y el lema maurrasiano «Religión, Patria y Monarquía», anticipando el destino futuro de su partido: «Somos monárquicos, pero para nosotros no existe cuestión dinástica. Si los Carlistas, únicos defensores de la tradición con las armas, volvieron a empuñarlas en igual defensa, contarían con nosotros» (Cit. por Sánchez Patiño).

Con los sucesos del 10 de agosto, se prohibió la actuación del P. N. E. en todo el país y fueron detenidos medio centenar de socios. El Gobierno decreta contra Albiñana la pena de con-

(38) *Ibid.*, pp. 57 y ss.

(39) Cf. Pastor, *ob. cit.*, y R. Morodo, «Acción Española» (en «Teoría y Sociedad», homenaje a Aranguren), Ariel. Barcelona, 1970.

(40) J. M. Albiñana: «España bajo la dictadura republicana», Talleres Tipográficos El Financiero. Madrid, 1932.



ENTRE LAS FOTOS PREFERIDAS DEL DR. ALBIÑANA FIGURABA ESTA EN UN LUGAR DESTACADO, QUIZA COMO SIMBOLO DEL IMPERIALISMO DE SU IDEOLOGIA Y EN RECUERDO DE SU ACCIDENTADA ESTANCIA EN MEXICO, DE DONDE SACO SU NOVELA «AVENTURAS TROPICALES». EN ELLA, FIGURABA COMO AUTOR Y «UNO DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES».

finamiento en la región de Las Hurdes, desde donde el patriótico doctor montará una hábil campaña publicitaria contra el régimen. Un relato minucioso de su aventura jurdana se encuentra en la cuarta obra de su «ciclo revolucionario»: *Confinado en Las Hurdes* (41), que dedica a León Daudet, de la *Action Française*. En ella abunda en sus ataques antimarxistas, antijudíos y antimasones, afirmando el nacionalismo y propugnando un «Frente Unico» de derechas que, en cierto modo, anticipa la idea del «Bloque Nacional»: «¡Millonarios... labriegos... humildes proletarios! ¡Todos en pie! ¡Alzaos contra el bárbaro yugo de las Internacionales, abrazados a la gloriosa Tradición Española! ¡A formar todos el Frente Unico Español!» (42). El eco maurrasiano es claro cuando afirma: «El P. N. E. no tiene otra base que la muy amplia de la Tradición. El nacionalismo nuestro no es más que el tradicionalismo en actividad. ¿Y cuáles son los principios de la Tradición española? La Religión, vínculo espiritual de la nacionalidad. El

(41) J. M. Albiñana: «*Confinado en Las Hurdes*», Talleres Tipográficos El Financiero. Madrid, 1933.

(42) *Ibid.*, p. 12.

Patriotismo, sentimiento alentador de las grandes gestas españolas. La Monarquía, régimen secular que presidió la formación de España. Por eso, los nacionalistas españoles somos religiosos, patriotas y monárquicos» (43).

El 29 de octubre de 1933, terminado su confinamiento, Albiñana y sus *Legionarios* ocupan una platea en el Teatro de la Comedia, donde José Antonio Primo de Rivera pronuncia el discurso fundacional de la *Falange Española*. Este acto simbólico supone, a nuestro juicio, el fin del fascismo o ensayo fascista del P. N. E.

En las elecciones de noviembre que dieron el triunfo a las derechas, Albiñana obtiene un acta de diputado por la provincia de Burgos. Su proclividad hacia un filofascismo moderado, al estilo de la *Acción Española*, es patente. Cuando ésta celebra su reapertura en mayo de 1934, Sáinz Rodríguez, en homenaje a Calvo Sotelo, apunta la idea del «Bloque Nacional»: «A nuestro bloque —dirá— han de unirse todos los que han hecho sacrificios por España, como el doctor Albiñana» (44). Efectivamente, en diciembre de 1934, aparece ya el Manifiesto del Bloque Nacional, firmado por Albiñana, junto a Goicoechea, Rodezno, Pradera, Aunós, Yanguas, Maeztu, Sáinz Rodríguez, duque de Alba, Benavente, Areilza, Lequerica y otros. Posiblemente, ante el fracaso de la revolución de octubre en Asturias, las derechas españolas no vieron la necesidad de recurrir a un fascismo abierto, agresivo, plebeyo y «revolucionario». Sin embargo, otros tomarían la bandera: la fusión de *Falange Española* y las JONS en este mismo año de 1934 supone la coordinación del fascismo español, que marca los inicios de un proceso de fascistización, según la expresión de Poulantzas, frustrado en plena guerra civil. Un testigo de excepción, el embajador de Alemania en España, conde de Welczeck, constatará, en un informe diplomático de enero de 1934: «En tanto en cuanto el grupo de Albiñana va pasando aceleradamente a un segundo plano, cabe destacar la actividad de las llamadas J. O. N. S., que se califican como nacionalsindicalistas, y la del grupo del joven Primo de Rivera...» (Asunto: *Fascismo en España*. El embajador de Alemania en España, conde de Welczeck, al Ministerio de Negocios Extranjeros, Berlín. No. 395/34. Madrid, 29 de enero de 1934) (45). ■ M. P.

(43) *Ibid.*, p. 113.

(44) Galindo Herrero, *ob. cit.*, p. 232.

(45) Documento recogido por A. Viñas en su obra «La Alemania nazi y el 18 de Julio», Alianza Editorial. Madrid, 1974, p. 496.